

P OEMAS DE MIGUEL ANGEL FLORES

CANCION DEL RIO

a J. P.

Ningún bar había junto a los muelles,
ningún lugar de donde salieran
lánguidas notas,
sólo bodegas y tiniebla
y el río arrastrando agua moribunda.
Sobre esta corriente cruzó Whitman,
el poeta,
pero no quedan rastros de optimismo
en las vecindades del East River.
A esta ahora en que se espera la noche
sobre la bahía,
la incandescencia de tu recuerdo
me ilumina.

ENCUENTROS

No siempre es grato encontrar
a los que jamás imaginaron
nuestras arrugas.
Un saludo,
palabras de escabrosa cortesía,
clavar la mirada en los ojos sin brillo:
acaso unos años más y luego
cuerpos por la muerte merecidos.
No vale la pena recordar
alegrías y tristezas:
ya es otra la música,
otro el sentimiento.
Hubo luces y sombras
como en la vida de los que fueron
y serán.
Sigo bebiendo con los minutos del
presente
y el vino me sabe agrio únicamente
cuando recuerdo que nunca
escuché el murmullo de tu pecho.

Oscurecido de tí
frontera de qué beso
por la escala del hastío

desciende la luz
y se reconocen las miradas
de los que el alba son extraños
tú que fuiste fervor palpitante
en inmóvil sueño
eres forma contenida
mármol de inasible escultura
canto que se congela en la garganta

No está en el sueño del poeta
rendirse antes de entregar todas
sus sílabas;
lejano se piensa el crepúsculo
cuando la gota de miel se derrama
sobre el día.

Pero hay veces
que se debe ceder el lugar
al que detrás viene.

La hoja no vuelve jamás a la rama
de la que se desprende.

Entonces,
que se nos conceda la inmortalidad
por la gracia de la poesía.

Luego, no lloren,
no derramen lágrimas
por el que entrega su rostro a
la muerte.

Ya bastante dolor
es recibir sepultura en esta tierra
que el hombre envilece.

La tempestad lava el esplendor
oriental;
la neblina arropa los imperios
de la tarde
y sobre la plaza
en el incendio de una hoja solitaria
persiste la memoria del otoño.

Paseas, Venecia, la gloria
de tu belleza
sobre las aguas,
pero el mar anuncia
malos presagios.

Se desatan las amarras,
se izan las velas como
enormes aves,
el vuelo de la melancolía
se levanta sobre nosotros
y de babor a estribor
pasan el viento y las horas
¿qué faro guía nuestro rumbo?
El Adriático es la vía del deseo:
más allá la luz y el templo
que aún es emoción y
herencia viva.

El Egeo moja la quilla,
oh, doncella de las aguas,
ciega a la pasión,
qué secretos se ocultan
bajo tu manto.

